# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 1849

PRECIOS DE SUSCRICION

En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 10 DE MAYO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en Paris, A. Lorette rue Caumartin 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre 31.


## ABOMINACION

Tiene razon la prensa madrileña: hay que concretar donde empieza la traicion á la patria y buscar en las leyes la sancion penal á tal delito.

Cuando en España se dividieron los partidos en legales é ilegales y el grito de viva la República era penable en cualquiera forma, momento y lugar que lo pronunciaran los labios, la policia se encargaba de detener al delincuente y entregarlo al juez.

Viva la República significaba entonces un atentado á las instituciones y no se perdonaba. Ahora se grita cosa de mayor gravedad y no sabemos aun de nadie que haya sido sometido á proceso.

De vez en cuando, nacido en pecho infame y traido por las columnas de la prensa ó viajando por los alambres del telégrafo, llegan hasta nosotros gritos que sonrojan ¡Muera España! dicen esos gritos que encienden la sangre y nos ofrecen ante la Europa culta como pueblo sin redencion y... sin dignidad.

En esa región levantisca que ha explotado en todo tiempo a España; en ese rincón de la península ante cuyos intereses han sacrificado los gobiernos los de las restantes regiones y algunas veces sus propios prestigios, una minoría revoltosa se mueve impulsada por hidrofobias nacionales y de vez en cuando prorrumpe en epitetos vergonzosos que sublevan el alma.

Llega al principal puerto de esa extensa región una escuadra extranjera y suena el grito infame llenandonos de rubores el rostro. Promuevese una huelga tomando tintes graves y entre imprecaciones y blasfemias se escucha una voz que anuncia el deseo de aniquilar la patria. Se le ocurre á un ministro visitar esa parte de España y hay que taparse los oidos, porque entre las silbas que echan á rodar por el arrollo los prestigios de la autoridad, se oye algo molesto, denigrante, feroz, algo que parece tremendo bofeton en pleno rostro; algo que produce en el espíritu tempestad de ira y que pide justicia cuando no venganza

¿Son locos los que vociferan de tal suerte? Pues que los destipen á sus asilos naturales: á los manicomios. ¿Son malvados? Si lo son, que se entiendan con ellos los tribunales de justicia, y caiga sobre ellos el fallo de la ley.

No es posible que las cosas pasen adelante. Cuando se maldice á la patria, y se la niega y se aprovecha cualquier motivo para vilipendiarla, no pueden permanecer tranquilas las almas nobles que la idolatran tanto más cuanto es más desgraciada.

Hay que poner coto al desenfreno; es preciso desarraigar la mala hierba; hay que acabar con la cizaña, pero pronto, por que no es posible que continúe por más tiempo la benevolencia y menos el triste papel de resignados.

## PERCHELERAS

Picó una abeja en tu mano
y desde aquella mañana
todas las flores que pica
le están pareciendo amargas.

—

Si me hiriese un toro bravo
en medio del corazón,
no me causara más daño
que tu querer me causó.

—

Quise llegar á la gloria,
en el camino te hallé
y al mirarte tan bonita
dije al punto:—¡Ya llegué;

—

Tu corazón se parece
á una casa de comercio,
gira letras amorosas
y se ha protestar luego.

—

Quiero serrana, al morir
que me entierren en el mar;
¡á que señalar mi fanja
si nadie la ha de buscar!

—

Te quejas de que no rezo,
y no debiera extrañarte,
que para ganar la gloria
me has hecho sufrir bastante.

—

Quisiera ser serranilla,
el cura que te confiesa,
para saber tus pecados
y hacharte la penitencia.

—

Te llevaban á enterrar
cuando pasé junto á tí
y aquellos ojos negros
aún se fijaron en mi.

*Narciso Diaz de Escobar*

## TIJERETAZOS

Dice un periódico que en breve se celebrará en Madrid un Congreso nacional de zapateros.

Ya veran ustedes como una de las condiciones que se votan es el aumento del precio del calzado.

Y á todo esto los consumidores hechos unos tontos sin defender sus intereses.

Ya que los gremios atienden á los suyos dando al consumidor contra la esquina, los que pagan los vidrios deberian celebrar un Congreso nacional y votar una sola condición.

No consumir.

— —

Leemos:

«En el salón de Conferencias del Congreso hemos oido decir que algunos candidatos que cuentan con el apoyo del Gobierno se hayan mal disgustados por encontrar resistencia en los distritos.»

Hombre, bueno es que de vez en cuando diga el interesado lo que se le antoje.

Los que dan los votos tienen derecho á manifestar lo que sienten.

Y á dar calabazas, que nunca pueden estar más en su punto que en este mes de elecciones y de exámenes.

— —

Dice un colega:

«El amor á España es grande en Cataluña: lo que existe allí es el descontento que reina en todos los ámbitos de la península.»

Convenido.

No seremos nosotros quien lo niegue.

Pero ¿que sucederia si en Aragon, Valencia, Castilla, ú otra región, hubiera un desdichado que profiriera el grito de muera España!

Quedaria fuera de combate á cogotazos.

En Barcelona no se ha producido nunca ese fenómeno.

Y eso es tan raro que llama la atención.

## EL PALACIO DEL OPIO EN SHANGHAI

En el barrio europeo de Shanghai, á pocos pasos de la gran ciudad china, se eleva el *Nan-giu tsia* ó palacio del opio. Es una construcción notable que merece ser descrita.

El porte de la muchedumbre que pulula en los alrededores del edificio revela pronto el destino de éste. Sin dificultad encontramos el camino que á él conduce. Entremos y veremos lo que sobre muchos chinos ejerce una atracción extraordinaria. Todas las clases de la sociedad están representadas allí. Vemos al *culi* y al negociante de Honan codeándose con el mandarín de los últimos grados de la ciudad ó de una provincia lejana. Los dos lados de la estrecha callejuela están ocupados por vendedores indígenas, que ofrecen frutas, libros, adornos, pipas ordinarias, etc., etc.

Con gran trabajo nos abrimos camino á través de la multitud y llegamos al palacio. El momento más adecuado para visitar el local es la noche, y es preciso estar dotado de un estómago de hierro para soportar en un principio aquella atmósfera saturada de humo y de otras emanaciones, pero generalmente se habitúa uno pronto á ella. Una simple ojeada nos convence de que el establecimiento ha sido instalado á no poca costa. El gran salón común del entresuelo se halla iluminado por una lámpara china, que indudablemente costó algunos millares de francos. El techo aparece ricamente esculpido y los muros están revestidos con preciosos mármoles. Numerosas puertas facilitan el acceso á los diferentes gabinetes de fumar.

Los empleados entregan el opio á los criados que sirven á los clientes. El artículo alimenta además un activo comercio al por menor. Muchos aficionados se presentan á comprar el producto para saborearle á sus anchas. Las pipas son conservadas con sumo cuidado, examinadas y contadas.

Preguntad á alguno de los empleados si no fuma él también de vez en cuando, y os contestará con una enérgica negativa, afirmando probablemente la verdad, porque el propietario del establecimiento exige de sus subordinados una abstencion completa.

La recaudacion diaria se eleva por término medio á 100.000 *cahs*, ó sean 756 francos, renta propia de un príncipe, según cualquiera puede juzgar.

Hay cuatro clases de fumadores. La cuarta solamente recibe *cahs*, que pagan 110 *cahs*; la tercera, criados y otras gentes de igual ralea, que se permiten el lujo de gastar 120 *cahs*; la segunda, modestos propietarios territoriales y otras personas de análoga condición, que pagan 132 *cahs*, y en la primera se pagan 150 *cahs*. La cantidad de opio que se recibe para fumar es completamente igual en las cuatro clases de fumadores, pero las pipas difieren bastante.

Las más finas son de marfil y tienen tubos elegantemente esculpidos y guarnecidos de piedras preciosas. Una pipa de esa clase cuesta 250 francos. En la siguiente, cada pipa vale 150 francos y están montadas en plata. Las de la tercera clase son de cobre y bambú y cuestan unos 75 francos, mientras que las de la cuarta clase son sencillamente de madera tallada y cada pieza cuesta diez francos nada más. Las ciento cincuenta pipas del establecimiento están constantemente encendidas, por decir así. Los clientes se presentan á pares. También la tapicería de los fumadores varía según las clases.

En la superior el fumador de opio se tiende sobre elegantes sofás guarnecidos de cojines de terciopelo. Hay unos cincuenta de éstos. En el centro del gabinete arde una lámpara. La madera de los sofás está adornada con incrustaciones de nácar y de jáspe, de suprema elegancia. Es notable, sobre todo, uno de esos sofás. Los fumadores que desean gozar en el silencio y en la so-



minar sus facciones. Brillantes los ojos, apretados los dientes, levanta la cabeza con esfuerzo, y cuando los camilleros huyendo le dejan, se dirigiéndose á sus compañeros dice con voz temblorosa: «¡Adiós; perdón, hermanos!» Quisiera hablar más aún, se ve que trata de decir algo afectuoso, pero se limita á repetir: «Adios, hermanos mios!...». Uno de sus compañeros se aproxima á él, le coge la mano, la estrecha con indiferente ademán á su cañón. Y ante la expresión de nuestra aterrorizada fisonomía, dice el oficial contestando, mientras lía un cigarrillo de amarillento papel: «Lo de cada dia, de seis á siete hombres.»

¿Y ahora? Acabais de ver á los defensores de Sebastopol en el lugar mismo de la defensa, y volveis por vuestros mismos pasos; sin prestar, casi extraña, la menor atención á los proyectiles de cañón y de fusil que continuan cruzando durante todo el camino hasta que llegais á las faldas del cuartel. Marchais con tranquilidad; con el espíritu conmovido y confortado, pues ya la consoladora certeza de que nunca, en ningun lugar será quebrantada la fuerza del pueblo ruso. Y con seguridad la habeis sacado, no de la solidez de los parapetos ni de los trin-



aires silvando y orugiendo; las piedras, sacudidas, chocan entre sí, y el fango os salpica todo. Ante rumores tan diversos, sentis extraña mezcla de gozo y de terror. Mientras veis el proyectil amenazando caer sobre vos, acudeos á la imaginación infaliblemente la idea de que os ha de matar, pero el amor propio os sostiene y á nadie dais á conocer el puñal que os taladra el corazón. Por eso cuando pasó sin tocaros, renaceis por un instante, cierta sensación de inapreciable dulzura apodérase de vos, hasta el punto de que encontrais encanto particular en el peligro, en el juego de la vida y de la muerte. Hasta quisierais que la bala ó la bomba cayese más cerca, muy cerca de donde estais. Pero he aquí que el centinela anuncia con voz fuerte y llena: «¡Un mortero!», y reconoce el silvido, el golpe y la explosión, acompañados de un grito humano. Os acercais al herido á la vez que los camilleros. Revolcandose en el lodo mezclado de sangre, ofrece extraño aspecto; parte del pecho le fué arrancado por el casco. En el primer momento, en rostro ancho de fango, no expresa más que el susto. Y la sensación prematura del dolor, sensación familiar al hombre en aquel estado; pero cuando traen la camilla y en ella acuéstase él por sí mismo sobre el costado libre, exaltada expresión, ráfaga de una idea elevada y contenida viene á ilu-



esplanadas. Tal vez encontraréis allí á cuatro ó cinco marineros que juegan á los naipes, protegidos por el parapeto, y un oficial de marina que, al ver aparecer una cara nueva, un turista, se complace á en iniciaros en los detalles de su domicilio y poderos dar todas las explicaciones que apetezcais. Aquel oficial, sentado sobre un cañón fuma con tanta tranquilidad un cigarrillo de papel amarillento, pasa tan descuidadamente de una cañonera á otra y os habla con sangre fria tan natural, que mezcla la vuestra á despecho de las balas que silban aquí en mayor número. Le preguntais y él contesta á sus anchas. El os describirá, si se lo indicais, el bombardeo de la batería con un solo cañón útil y sus piezas reducidas á ocho, y que, no obstante, el día 6 por la mañana volvia á hacer fuego con todas sus piezas. Os contará igualmente cómo penetró una bomba el dia 5 en un abrigo y destrozó á once marineros. A través de una tronera os indicará los atrincheramientos y baterías del enemigo, del cual os separan únicamente una trinchera y tantas *sagenas* (1). Aunque temo que si os inclinais sobre el plano de la cañonera para mirar mejor las posiciones enemigas no sepais nada, ó que, el por ventura, distinguis algo, os sorprenda al saber que aquel mu-

(1) Medida lineal rusa.